

Por la libertad de Oreamuno Berrocal

Limón, 3 de noviembre de 1930.

Señor Don
Joaquín García Monge
San José.

Mi estimado Don Joaquín:

Acabo de leer en su ínclito semanario la manifestación y justa advertencia que los venezolanos libres hacen al mundo latino ante la próxima celebración del centenario de la muerte de Bolívar. Es la palabra que dice en tono enérgico y altivo lo contradictorio de una fiesta toda cultura y renovación edificantes en un campo donde la barbarie ha hecho su auge y donde el pensar y el sentir han levantado su ara al dolor y a la muerte.

La aspiración es justa sin duda y nadie osará negar a su deseo la atención que concrete en realidad el empeño que justifica ampliamente. Pero debe ser—a nosotros los costarricenses—más que motivo de oportunidad para retirar confianza al gobierno de Gómez, coyuntura para declarar al mundo, nuestro valor de República culta y libre, en una solicitud que exija la libertad inmediata de Manuel Oreamuno Berrocal. Nuestra cancillería de Relaciones dirá entonces cómo—por virtud moral de la República, una y autónoma: por fuero de su vida inalterable de paz: por ley de su misma pequeñez—tiene derecho a pedir la protección de un hijo suyo, en quien la maldad machetona de un esbirro puso su garra y su venganza. Oreamuno Berrocal permanece en el Castillo Libertador de Puerto Cabello desde hace seis años, sin que ningún costarricense se duela de él, y eso no es justo ni humano. La responsabilidad propia incuestionable de esas cinco



Oreamuno Berrocal

firmas que cubren el honroso y doliente memorial que usted publica y la protección que se debe—por razón de la vida y por inspiración de Dios—a todo hijo de la patria costa-

rricense, bastan por sí a llenar el requisito formal que la diplomacia impone en estos casos. El gobierno del señor González Víquez, de filiación libertaria, y su cancillería de Relaciones, a cuyo frente se encuentra un ilustre ciudadano, sabrá pedir justamente la libertad de Oreamuno Berrocal. ¿No le parece a usted, don Joaquín? Es una forma de hacer patria entre otras la de velar la incuestionable realidad de la Justicia; y nada más propio que gestionar—en obra patente y efectiva—la irreductible libertad de un caído. Costa Rica es un caso de excepción en el barullo revolucionario de América, y por eso mismo debe justificar constantemente su valor ante el mundo. Es la única forma de que la miren con respeto.

Amigo de Oreamuno Berrocal, ciudadano costarricense, me creo en el deber de iniciar la solicitud de estas gestiones. ¡Cómo!... ¡Dónde!.. En el amplio campo de su *Repertorio* y con su vocero singular. Es hoy por hoy el más alto exponente de nuestra cultura y a él tenemos que acudir. El gobierno del señor González Víquez se interesará sin duda por la libertad de Oreamuno, porque es un derecho del ciudadano anejo a su condición de tal el que el Estado le dé su protección, en toda hora y momento, en toda forma y lugar... ¿No lo cree así usted, don Joaquín?

Lo abraza su afectísimo discípulo y amigo,

VICTOR MANUEL CAÑAS.

P. D.—Le envío adjunto el retrato de Oreamuno Berrocal en la época que actuaba como Coronel de Infantería del ejército mexicano en 1901. Vale.

Esa guerra lleva más de tres años. Es la guerra que encendió Mr. Henry L. Stimson, actual Secretario de Estado de los Estados Unidos, cuando llegó de pacificador de Nicaragua enviado por el Presidente Coolidge, en mayo de 1927. Por pacificación tan falsa y tan funesta, Mr. Stimson recibió la toga y el birrete de Doctor en Leyes, *honoris causa* de la Universidad de Syracuse. En esa ocasión y en muchas otras, Mr. Stimson ha declarado a la faz del mundo que los Estados Unidos han establecido la paz en Nicaragua. McDougal, pues, no es al General Sandino a quien desmiente. Desmiente al Doctor Stimson.

No quiere entrar en polémicas el asalariado norteamericano matador de nicaragüenses. La polémica, en todo caso, no sería con él. Con asesinos profesionales no discutimos los hombres desarmados. La polémica, en todo caso, no sería con él. La polémica es con el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Herbert Hoover, toda cuya grandeza moral, ganada en la dirección de obras filantrópicas entre las hambrientas poblaciones europeas de la post-guerra, parece, a la luz del incendio innecesario en que arde el Norte de Nicaragua, mentira de propaganda.

Mr. Hoover sabe, por la enseñanza religiosa que recibió en su juventud, y que recibe todavía en la casa de oración de los cuáqueros en Washington, que hay otros medios que la matanza de hombres para solucionar conflictos. El conflicto de Nicaragua seguirá en pie mientras la razón que pudieran tener los Estados Unidos sea una razón erizada de bayonetas. En los últimos tres meses, han confirmado con su vida y con su sangre la verdad de esa aseve-

Sobre las declaraciones...

(Viene de la página 291)

ración 74 muertos y 62 heridos nicaragüenses. Antes que ellos, han perecido por la causa de Nicaragua millares más. Millares más están dispuestos a perecer antes que ceder ante la fuerza bruta, así sea la nación más poderosa de la tierra y de todos los tiempos la que ejerza esa fuerza. Pese a los contados traidores que apoyados por bayonetas mercenarias han asfaltado la representación y el Gobierno de Nicaragua, el espíritu nicaragüense es el espíritu melio que tan noblemente vibra en las páginas severas de Tucídides. En 416 antes de Nuestro Señor hubo una Nicaragua en mares de Grecia: la Isla de Milo. Allí, hace poco tiempo, hallaron los hombres una diosa de mármol que han entronizado en la admiración del mundo. Esa Venus la esculpieron hombres que, antes de doblarse frente a las razones de la fuerza que esgrimía Atenas, convertida de democracia en tirana señora de vasto imperio, lucharon hasta perecer todos. ¿No cabría ese episodio melio, al que Tucídides da tremenda y trágica importancia, en *Repertorio Americano*?

Quizás no se logre una victoria inmediata en las Segovias centroamericanas, en la guerra contra el invasor. Pero algún día, como una nueva Venus de brazos destrozados, quizás hallen allí los hombres, como hallaron en Milo, una imagen divina de belleza. Esa belleza la

vislumbramos todos los que sabemos que no son bandoleros los que allí mueren por la libertad. Bandoleros y peor que bandoleros son los mercenarios matadores de hombres que se atreven a llamar así a los héroes de las Segovias. Juzgue el mundo la diferencia vasta de nivel moral en que están colocados, McDougal que mata por sueldo infame que recibe, y el General Sandino y sus valientes que mueren por defender su patria. Considérese que en cierto modo McDougal, para dolor del mundo y afrenta del linaje humano, representa a la Gran República consagrada a la Libertad. Y se verá cómo la nueva diosa cuya hermosura está en gestación en las almas de los hombres de honor, tendrá los hombros un poco más doblegados quizás que la Venus sin brazos de la edad antigua, y cómo, en la severa dulzura de su rostro, habrá un brillo de humedad de lágrimas que obligue a la oración. El mercenario McDougal cree que la publicación de sus declaraciones contendrá la corriente de voluntarios que engruesan a diario las filas sandinistas. Y se equivoca. Porque en todo pecho noble, en toda alma generosa, en todo ser humano no brutalizado por el oficio de matar hombres, la lectura de esas declaraciones hará surgir una plegaria por Sandino. Y nunca faltarán, hasta que el mundo quede despoblado de centroamericanos honrados, quienes repongan a esos muertos que McDougal afirma han caído bajo sus balas asesinas.

Le abraza su afectísimo amigo,

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica,
a 25 de setiembre de 1930.